

ENCUENTROS

La redefinición de lo posible: Guerra civil y proceso de paz en las biografías de militantes de la izquierda salvadoreña

*Kristina Pirker*¹

El enfrentamiento bélico que tuvo lugar en El Salvador entre 1981 y 1992² fue antecedido por un proceso de movilización social, el cual tuvo entre sus protagonistas a organizaciones sindicales y campesinas que habían radicalizado sus formas de lucha y sus demandas sociopolíticas. Esta radicalización fue posible, entre otros factores, por la participación constante de militantes de las organizaciones político-militares, como miembros activos y dirigentes de dichas organizaciones (Vázquez, 1997).³ La guerra civil reforzó aún más el vínculo entre guerrilla y

- 1 Candidata al Grado de Doctora en Estudios Latinoamericanos por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México, Subdirectora y Coordinadora Académica de Fundar, Centro de Análisis e Investigación, A.C. *E-mail:* kristina_pirker@yahoo.com.mx
- 2 Este artículo se basa en los resultados de una investigación sobre los cambios en las lógicas de la movilización y participación política en la izquierda salvadoreña realizada en el marco del Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericano de la Universidad Nacional Autónoma de México. Una primera versión fue presentada como ponencia en el III Congreso Centroamericano de Ciencias Políticas que tuvo lugar en la Universidad Centroamericana, El Salvador, 18,19 y 20 de julio de 2007. La autora agradece las observaciones de los dos anónimos dictaminadores de este artículo.
- 3 Las organizaciones político-militares que en 1980 se unificaron en el FMLN fueron las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Fuerzas Armadas de Resistencia Nacional (FARN), Fuerzas Armadas de Liberación (FAL, brazo armado del Partido Comunista Salvadoreño (PCS)) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC).

organizaciones populares: la Unión Nacional de Trabajadores Salvadoreños (UNTS), que se constituyó en 1985 como una alianza amplia de diversos actores sociales para demandar reformas sociales y una solución negociada del conflicto, se convirtió en uno de los principales voceros del proyecto político del FMLN Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN). Su contraparte y adversario principal en el movimiento popular organizado fue la Unión Nacional de Obreros y Campesinos (UNOC), que agrupaba a las organizaciones cercanas al Partido Demócrata Cristiano (PDC). La relevancia política de estas organizaciones en el contexto de la guerra civil se nutría de la necesidad tanto del Gobierno como del FMLN de demostrar su representatividad social por medio de su vinculación con una amplia gama de actores sociales.

Pero esta situación cambió con la firma de los Acuerdos de Paz en 1992: Con la incorporación del FMLN al sistema democrático representativo y su transformación –pese a conflictos internos y escisiones– en la segunda fuerza electoral después de Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), la exclusión política de la izquierda finalizó y el país llegó a ser considerado un caso exitoso de democratización política en Centroamérica (Torres-Rivas, 2001 y 1996). Esto contrastó con la poca capacidad de incidencia política del movimiento popular organizado, lo cual se evidenció en el fracaso del Foro de Concertación Social y Económica. No obstante que la realización del Foro fue un compromiso emanado de los Acuerdos de Paz, no fue posible construir los consensos necesarios entre empresariado, Gobierno y organizaciones populares para instrumentar las reformas necesarias a fin de democratizar las relaciones laborales.

Los estudiosos de la sociedad civil salvadoreña coinciden en que la “politización” del movimiento popular salvadoreño durante la guerra –entendida como el apoyo al proyecto político del FMLN o al proyecto contra-insurgente del gobierno democristiano– fue una de las causas principales para su debilitamiento en los años posteriores a la firma de los Acuerdos de Paz. Por ejemplo, en el caso de los sindicatos antigubernamentales, Mark Anner y Tracy Fitzsimmons señalan que la subordinación sindical al proyecto del FMLN durante la guerra dejó a estos actores sin estrategias propias para los retos que vendrían después. Concluyen los autores que la actuación como “frentes políticos” de la guerrilla, el adoptar lógicas y estrategias “político-partidistas”, en vez de gremiales, hizo que estos sindicatos no estuvieran lo suficientemente preparados para enfrentar fenómenos como la reestructuración productiva, las privatizaciones y la

apatía política generalizada de la sociedad (Fitzsimmons y Anner, 1999). Estas conclusiones han encontrado eco en los mundos del activismo social, como lo demuestra la consigna “Sindicalizar los sindicatos”, que se generalizó después de 1992 para referirse a una nueva estrategia sindical, orientada a recuperar la credibilidad ante las bases obreras a partir de habilidades como *expertise*, pragmatismo ideológico y capacidades de negociación con la patronal, en beneficio de los afiliados.⁴

Pese a su informalidad, los fuertes lazos personales entre dirigentes del movimiento popular y las organizaciones político-militares del FMLN explicarían también por qué las escisiones en el FMLN después de 1994 actuaron como factores adicionales para profundizar la fragmentación y dispersión de la sociedad civil salvadoreña. Varios estudiosos de la izquierda salvadoreña, como Rubén Zamora o Álvaro Artiga-González, han analizado estos conflictos como parte de la transformación del FMLN de un frente guerrillero a un partido legal, en la cual se han tenido que definir aspectos cruciales de la naturaleza del partido como la definición ideológica (socialista o socialdemócrata), la institucionalidad interna —especialmente la relación entre las tendencias políticas y entre dirección y bases partidistas—, así como las prácticas y estrategias más apropiadas para participar en las instituciones de la democracia representativa (Zamora, 2003; Artiga-González, 2006). Si bien estos análisis han contribuido a entender las lógicas de acción propiamente partidarias, no se ha estudiado con la misma profundidad y detalle cómo esta transformación impactó en la subjetividad de los activistas civiles del FMLN que experimentaron la guerra, los Acuerdos de Paz y la pacificación desde las organizaciones populares legales y semilegales. Posiblemente, esta ausencia se pueda explicar por la influencia que ejercieron las teorías de la transición a la democracia en los debates politológicos de los noventa y su premisa sobre la necesaria separación entre los actores de la sociedad civil y los partidos políticos. Pero esta premisa dificulta reconstruir las lógicas sociales que se encuentran tras las apuestas de sindicalistas y activistas campesinos de vincularse con las organizaciones guerrilleras en los setenta u ochenta. Limita, asimismo, entender los procesos de diferenciación por medio de los cuales, después de 1992, ciertas prácticas de la acción colectiva fueron calificadas como anacrónicas y “fuera de lugar”.

4 Esta consigna se repite tanto en las entrevistas de la autora con sindicalistas salvadoreños como en documentos sobre la situación de los sindicatos (por ejemplo, Arriola y Candray, 1994).

Este artículo invita a indagar sobre los cambios en las estrategias de movilización política desde la perspectiva de los militantes civiles de las organizaciones político-militares, quienes antes y durante la guerra civil promovieron el proyecto insurreccional en diversas organizaciones y espacios sociales. Sus estrategias de reinserción civil, incluyendo la redefinición de su vínculo con el partido, no es solamente la otra cara del proceso de institucionalización del FMLN como partido legal; también forman parte de las transformaciones de la sociedad civil y de la sociedad política en El Salvador de la posguerra. A partir de este planteamiento el presente artículo se desarrolla de la siguiente manera: La primera sección sintetiza los principales referentes conceptuales que se utilizaron para reconstruir las lógicas de la acción política, a partir del análisis de historias de vida de militantes civiles y un enfoque etnosociológico. En las otras secciones se presentan algunos hallazgos de la investigación, que se hicieron posibles a partir de esta estrategia analítica.

2. El relato biográfico como relato de prácticas

Nos aproximamos al fenómeno de la formación y transformación de las identidades políticas⁵ en el movimiento popular salvadoreño, a partir de la reconstrucción del *habitus* de los activistas sociales quienes, en diversos espacios sociales –por ejemplo, la fábrica, la comunidad campesina o la universidad–, ampliaron la influencia social de la izquierda y difundieron su proyecto político. En el contexto de violencia política y de participación en las estructuras clandestinas de las organizaciones político-militares, estos activistas interiorizaron una serie de disposiciones y reglas en torno a las prácticas de la movilización social y la participación política que incluía como estrategias legítimas el uso de la fuerza y la acción directa, al mismo tiempo que el reconocimiento de la lucha armada y la insurrección como principios rectores de la acción. Después de que con los Acuerdos de Paz y el fin de la Guerra Fría a escala internacional se declarara el fin del enfrentamiento político y militar, estas estrategias fueron estigmatizadas como “fuera de lugar”, “anacrónicas”, e incluso “contra-productivas” a la democratización.

5 Definimos la identidad política como una relación de pertenencia político-ideológica expresada en prácticas políticas, modalidades de organización y universos simbólicos (Bourdieu, 1990).

Si pensamos estas estrategias y disposiciones en término de *habitus*, es posible recuperar el significado de los actos militantes en relación con las dinámicas y conflictos del campo político, entender cuáles eran los recursos y apuestas que estaban en juego antes y durante la guerra y cómo estos se fueron modificando en el contexto de la transición política.⁶ Esta estrategia analítica requiere de ciertas precisiones conceptuales. El *habitus*, como sistema de disposiciones interiorizadas en la mente y el cuerpo, es condicionado por el campo social que lo produce. Por esta razón, el análisis de entrevistas narrativas orientadas a reconstruir prácticas y disposiciones, tiene que incluir la reconstrucción de las dinámicas sociales y simbólicas de dichos campos. Esto significa no interpretar la historia personal, narrada en una entrevista biográfica, como una representación consistente y coherente de una vida individual, sino tomar en cuenta los discursos sociales presentes que condicionan la narración. En el caso de Centroamérica, en las décadas de 1980 y 1990 se constituyó un determinado discurso sobre el activismo político por medio de los testimonios de militantes y dirigentes políticos en reportajes periodísticos, autobiografías y memorias. A diferencia del testimonio, que asume la vida como una unidad coherente que mediante los acontecimientos va revelando “el sentido” de la existencia individual, articulada en torno a una identidad política y social específica (por ejemplo la de mujer, indígena, obrero o comunista), el relato biográfico se define por ser una construcción discursiva que sigue principios sociales, culturales e históricos (Robin, 1993:181-191).

Conceptualizar la historia de vida como relato biográfico permite, en consecuencia, tomar distancia de las nociones impuestas por los discursos sociales. El término relato significa pensar en la construcción discursiva de cada entrevista biográfica, que remite a sucesos reales, pero que es producida en una situación especial de diálogo. Esto obliga a diferenciar analíticamente entre, por una parte, la “historia vivida” –los acontecimientos objetivamente vividos en un determinado contexto histórico y social– y la “historia narrada” –es decir, las estrategias narrativas empleadas por los entrevistados para dar cuenta de su vida en el contexto de la entrevista–. En consecuencia, las entrevistas biográficas no pueden ser la única fuente

6 La definición de *habitus* sigue la propuesta conceptual de Pierre Bourdieu. Entendemos por *habitus* un sistema de disposiciones duraderas adquirido por el individuo principalmente en el transcurso del proceso de socialización. Puede reestructurarse de acuerdo con la trayectoria social del individuo y los cambios en el campo social en juego. Para una síntesis del planteamiento de Bourdieu sobre campo social y *habitus*, véase, Bonnewitz (2003).

de información, sino que tienen que ser contrastadas y comparadas con otros materiales, datos y documentos que permitan interpretar y contextualizar las “historias narradas”.

En este sentido, y para poder elaborar hipótesis empíricamente fundamentadas sobre el vínculo entre *habitus*, estrategias y campo, resultó útil recurrir al concepto de trayectoria social, definida como una serie de *posiciones* sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio social en sí mismo en movimiento y sometido a permanentes transformaciones. Este concepto permite pensar el itinerario biográfico en términos de desplazamientos sociales y tramos, divididos por bifurcaciones, en donde los agentes hacen apuestas diferenciadas que dependen de sus recursos y condiciones sociales de posibilidad. El valor explicativo de esta conceptualización reside en la importancia que se asigna al análisis de los campos sociales, concebidos como espacios de posiciones y relaciones sociales, que condicionan las posibilidades de acción: el sentido de las acciones y desplazamientos de los agentes solo puede entenderse en función de los cambios que ocurren en los campos sociales en juego (Bourdieu, 1997:82, y 2002:108-113).

Analizar las trayectorias de los militantes que habían participado en las organizaciones populares permitió, por una parte, comprender el sentido de la acción desde la perspectiva de los agentes y, por otra parte, contar con una “brújula” para orientar la mirada sobre la reconstrucción del campo político salvadoreño, enfocando los efectos prácticos de esta en los mundos del activismo social. De las entrevistas realizadas en el transcurso del trabajo de campo, ocho cumplieron con los criterios para someterlos a un análisis sistemático que permitiera reconstruir las trayectorias políticas. Aunque el número pueda parecer bajo, los ocho entrevistados –cinco mujeres y tres hombres– habían participado en una amplia variedad de organizaciones antes, durante y después de la guerra civil: tres de ellos en sindicatos de empresa y en Federación Nacional Sindical de Trabajadores Salvadoreños (FENASTRAS), la federación sindical de izquierda más importante durante la guerra civil; dos entrevistados en el movimiento estudiantil y el sindicalismo del sector público; dos eran dirigentes de una confederación de cooperativas del Sector Reformado y una entrevistada había participado en el Movimiento de Refugiados y Repobladores. Los entrevistados tenían en común la militancia en Resistencia Nacional (con excepción de los dos casos de la confederación de cooperativas), una de las cinco organizaciones político-militares que en 1981 se unificaron en el

FMLN.⁷ Por otra parte, si bien siete entrevistados habían formado parte de las estructuras político-militares, ninguno de ellos se incorporó al ejército guerrillero. Cuatro entrevistados, en el momento en que se realizó la entrevista (2004), seguían participando en el FMLN como afiliados y colaboradores en diversos espacios donde se ejerce la militancia en la posguerra: asambleas municipales, convenciones partidistas, elecciones internas, actividades proselitistas y vigilancia electoral.

3. La militancia como práctica social

El final de la guerra y la integración del FMLN a las instituciones representativas significaron, sin duda, un importante cambio en las prácticas políticas de la izquierda salvadoreña. ¿Pero cómo experimentaron los militantes de base dichos cambios? Para entender la ruptura que significó la desmovilización del aparato político-militar para las modalidades de organización y movilización, conviene describir las lógicas de la acción política que dominaron el campo político salvadoreño desde la segunda mitad de los setenta y los años ochenta.

Varios autores señalan que la creciente relevancia de un conjunto de organizaciones populares antigubernamentales como actores políticos fue una de las expresiones más importantes de la crisis política que se inició con el fraude electoral de 1972. Estas organizaciones⁸ asumieron un papel cada vez más activo como voceros de las demandas de los sectores excluidos, además de que en una coyuntura donde los canales de participación estaban cerrados operaban como espacios de expresión política, donde se expresaban y se disputaban posturas ideológicas. Los grupos guerrilleros pudieron crecer y aumentar su influencia social en la medida en que supieron aprovechar estos espacios, pero también las organizaciones populares se beneficiaron de la participación de los grupos guerrilleros: la actividad de los militantes contribuyó a la consolidación de las estructuras organizativas y a la definición de un discurso político propio. En este contexto surgieron, a partir de 1975, los frentes de masas, expresando el lazo en-

7 Resistencia Nacional surgió en 1975 de una escisión del ERP. En 1994, esta organización abandonó el FMLN para formar –junto con el ERP– el Partido Demócrata.

8 Ejemplos para estos actores fueron la federación sindical FENASTRAS, el gremio de maestros ANDES 21 de junio (Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños 21 de junio), organizaciones campesinas como Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS) y la Unión de Trabajadores del Campo (UTC).

tre grupos guerrilleros y movimiento popular radicalizado (Gordon, 1989; Cabarrús, 1983).

Una de las especificidades de las organizaciones político-militares salvadoreñas fue la importancia que atribuyeron, a diferencia del *foquismo* guevarista, al trabajo político en las organizaciones populares. La participación de las masas por medio de la huelga general, la insurrección y la formación de milicias de autodefensa, era considerada un componente central de la lucha armada que condicionaba, por lo tanto, la interacción entre activistas sociales de las organizaciones populares y cuadros guerrilleros. Por ejemplo, Ana, sindicalista de FENASTRAS desde 1976, explicaba que el comité sindical de FENASTRAS operaba para ella como un espacio de socialización política que preparaba el ingreso en un colectivo político de Resistencia Nacional:

Fui aprendiendo otras cosas ¿verdad? A hacer análisis, a verme con ojos más de análisis, la situación no solo para lamentarme, ¿verdad? Como antes, que no leía que no conocía... los orígenes de muchas cosas, de la crisis económica por ejemplo... entonces así empecé a frecuentar otros grupos de estudio, ahí fue como me fui convenciendo cada día más de que si no había participación en el ámbito político de todos y todas las salvadoreñas, no íbamos a cambiar nunca el sistema estructural que en ese entonces se vivía.

La participación en las dinámicas de la representación gremial podía ser el primer paso para incorporarse a un “colectivo de formación política”, como eran denominadas las células urbanas de las organizaciones político-militares, encabezadas por cuadros clandestinos o semiclandestinos. Estos colectivos actuaban como bisagras para articular distintos espacios sociales, por ejemplo, la universidad con la fábrica o la comunidad campesina, y trasladar a estos mundos las dinámicas y conflictos del campo político.

Había diversos actores –activistas sociales, cuadros político-militares, pero también militantes de los dos partidos de oposición más relevantes, el PDC y el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) –, que contribuyeron con sus prácticas al fortalecimiento de una contracultura de oposición al régimen militar, en la cual se sostenía el proceso de radicalización política de un sector importante del movimiento popular. Esta contracultura consistía de distintas dimensiones: redes sociales de complicidad (y de simpatía) con las organizaciones armadas; prácticas sociales, como diversas formas de acción directa (sabotajes, tomas de edificios públicos, huelgas ilegales)

y de protesta (pintas en la pared o marchas, para ejercer presión y dar visibilidad pública al movimiento) y modalidades específicas de organización. La contracultura se caracterizaba también por un discurso que enfatizaba la necesidad de que “había que darles un golpe a los militares” –como lo formulaba una entrevistada– y en la revolución política y social como una posibilidad concreta. La sensación de que la revolución era una posibilidad inmediata se reforzó en 1979, a partir de la insurrección popular en Nicaragua y la toma de poder por parte del sandinismo.

El crecimiento acelerado de organizaciones sindicales y asociaciones gremiales en este momento histórico fue acompañado por la virtual desaparición de los pocos canales de expresión política de oposición después de 1977. De esta manera, las organizaciones populares se convirtieron en vehículos para la lucha política. Un sindicalista del sector público lo planteó de la siguiente manera:

Estas organizaciones [*sindicatos del sector público*] nacieron más como producto de la efervescencia revolucionaria y no como de un instinto de clase de los trabajadores. [...] Quizás la gente se contagiaba de esas efervescencias revolucionarias del momento, porque todos los empleados, la mayoría, participaba, incluso en la primera acción de choque que fue la toma del ministerio...” (López, 2000).

Una práctica que aparece recurrentemente en las entrevistas y que se refleja también en fuentes documentales de la época, es la llamada “lucha por la hegemonía”, que solo puede entenderse tomando en cuenta la existencia de las dos grandes subculturas de oposición: la socialcristiana, presente primordialmente en ámbitos universitarios y de clase media, en los Comités Eclesiales de Base y en comunidades campesinas (Cáceres Prendes, 1982). Por otra parte, existía la subcultura comunista que dominaba en el ambiente sindical antigubernamental. La lucha por la hegemonía condensaba un conjunto de prácticas políticas, empleadas por los activistas para incrementar la influencia social de la propia organización, comprobando el carácter de vanguardia política e ideológica del propio grupo y marcar así la diferencia con los otros grupos. Lo que en el plano discursivo se expresó en las discusiones sobre el carácter del régimen militar –por ejemplo, si se trataba de una dictadura “fascista” o “en escalada fascista”–, la pregunta de las alianzas y la estrategia revolucionaria correcta, en el plano de la práctica política cotidiana, producía una competencia

aguda por aglutinar a organizaciones populares en uno de los frentes de masas. La estrategia consistía en insertar militantes de la propia organización en posiciones dentro de las estructuras sindicales y gremiales —representantes sindicales de centros de trabajo, juntas directivas sindicales hasta ocupar posiciones de comités ejecutivos y secretarías generales de las grandes federaciones y uniones campesinas— y desplazar a los representantes de otras corrientes políticas. Pero no se trataba solo de contar con los máximos dirigentes de las organizaciones sociales: la lucha por la hegemonía implicaba que los militantes construyeran liderazgos en el nivel de representación y participación que les tocara, que podía ser un colectivo estudiantil, el comité sindical o la comunidad campesina. De esta manera, se constituyeron redes sociales y lealtades políticas entre organizaciones político-militares y organizaciones populares que se consolidaron durante la guerra y, en algunos casos, siguen hasta el día de hoy.

Dos factores rompieron con estas dinámicas: por una parte, el terrorismo de Estado para controlar el ambiente insurreccional y, por otra parte, el fracaso, en 1981, de la ofensiva militar del FMLN de desencadenar la insurrección popular. No hay lugar para presentar las estrategias encubiertas por medio de las cuales el FMLN mantuvo cierta presencia en las ciudades y los militantes civiles reanudaron sus actividades conforme cesaba la represión masiva. Solamente conviene señalar que la reorganización del movimiento popular después de 1983 respondió a una nueva situación en el campo político, que incluía nuevas condiciones de posibilidad para la acción colectiva. A raíz de la creciente presión internacional por la violación de los derechos humanos en El Salvador y el proceso de apertura política, el periodo de los dos primeros gobiernos civiles, Álvaro Magaña (1982-1984) y Napoleón Duarte (1984-1989), se caracterizó por la alternancia entre momentos de cierta tolerancia estatal ante la actividad de las organizaciones gremiales con momentos donde, al incrementarse la intensidad del enfrentamiento armado, aumentaba también la violencia en contra de activistas sociales considerados colaboradores de la guerrilla. Esta situación obligó a los militantes civiles del FMLN a encubrir su identidad política, presentándose como representantes gremiales, defensores de demandas particulares sin vínculos con una organización político-militar. Conforme avanzaba la guerra, estas estrategias se institucionalizaron en aparatos semiprofesionales dentro y fuera de El Salvador que permitieron administrar las campañas de solidaridad y apoyar las estrategias diplomáticas del FMLN para aislar internacionalmente el gobierno democristiano y presio-

nar a favor de una solución política al conflicto. Asimismo, surgieron ONG (organizaciones no gubernamentales) para atender diversas problemáticas, producto de la guerra y violencia política, como los presos políticos, las comunidades desplazadas y el creciente grupo de repobladores.

Cuando los militantes describen sus actividades de movilización política en este periodo, llama la atención el cambio en la concepción de la organización. A diferencia del periodo previo, cuando la “lucha por la hegemonía” dominaba las lógicas de participación en las organizaciones antigubernamentales, en el contexto de la guerra la organización no era considerada primordialmente una herramienta para introducir y difundir un proyecto político en un espacio social –aunque esta concepción no desaparecía por completo–, sino un instrumento para controlar determinados espacios, crear canales de comunicación y acceder a información estratégica para la conducción de la guerra. La lógica de la “lucha por la hegemonía” no desapareció por completo –cada organización inculcaba en sus militantes que ella y por tanto ellos eran la “vanguardia” política–, pero estaba subordinada al pragmatismo, expresado en la Comandancia General del FMLN, que reconocía la necesidad de la coordinación de las acciones diplomáticas, políticas y militares.

De esta manera, la militarización de la política se transformó en la lógica de acción compartida por todos los actores del campo político salvadoreño que participaban en el conflicto. Las estrategias contrainsurgentes instrumentadas por el ejército salvadoreño buscaban transformar cada espacio social en una expansión del campo político, en donde se reproducía el enfrentamiento militar con el enemigo. Por su parte, en la estrategia político-militar del FMLN, la función del movimiento popular era desgastar políticamente al Gobierno y preparar, a partir de 1987, las condiciones subjetivas para una segunda ofensiva militar. Esta estrategia se evidencia en las descripciones de los entrevistados de la “agitación constante” de la movilización social, destacando el carácter contestatario de la protesta:

Siempre estuve en las calles gritando justicia y repudiando la injusticia, nunca me tapé la cara (Manuel).

Y nosotros teníamos una consigna que gritamos en las marchas que decía “¡A más represión, más lucha!” Y yo creo que eso es lo que pasa, que entre era más dura la represión y más nos aventábamos... (Maria).

O la confrontación con las fuerzas del Estado y con los patronos:

FENASTRAS se caracterizó por responder por sus líderes y dar respuestas categóricas [...] una acción de la policía era una acción de FENASTRAS, era una cuestión de medir poder pues y eso era una guerra santa, revolucionaria (Horacio).

Presentamos listas de peticiones al ministro y como no daba todo, íbamos a la huelga, hacíamos concentraciones, marchas alrededor de la cuadra del ministerio (Celso).

Las citas dan cuenta de las percepciones sobre la movilización social que dominaban en los círculos del activismo revolucionario de este periodo y que la consigna “A más represión, más lucha” logra expresar acertadamente: Para crear condiciones favorables al cambio político había que privilegiar la acción directa por encima de la vía institucional y agudizar los conflictos sociales en diversos ámbitos, como el laboral, agrario o estudiantil. De acuerdo con esta lógica, la acción armada era la estrategia privilegiada en torno a la cual se articulaban las demás estrategias de presión.

Para los sindicalistas, mantener el equilibrio entre la estrategia del FMLN de desestabilizar el Gobierno y las disposiciones de los obreros a movilizarse en función de demandas particulares era un arte, alterarlo permanentemente en función de implementar la línea político-militar desgastaba el liderazgo sindical. Esto se puede concluir a partir de las respuestas de María a la pregunta por las estrategias para reconstruir colectivos sindicales y grupos políticos decapitados por la represión:

Primero, era ser real representante de los trabajadores y no ser un cucurucho o un sombrero vacío ¿no? Entonces, en la medida en que ellos te reconocían como alguien que estaba llevando sus demandas auténticas hacia arriba, en esa medida también los trabajadores te protegían porque la gente estaba consciente de que eso era poner en peligro la vida; entonces de alguna forma ellos te brindaban cobertura [...] por ejemplo, si alguien veía que estaba paseándose por allí alguna patrulla o que habían llegado a preguntar por alguien de nosotros inmediatamente cualquier trabajador iba y te decía: “Hemos visto esto y no sé qué...” entonces uno tomaba sus medidas, ¿no? [*Ella cuenta el caso de un médico, militante de Resistencia Nacional, que fue sacado por los trabajadores en una camilla del hospital para que no lo*

detuviera la policía] En la medida en que no existía un nexo, sino que los trabajadores te veían como alguien que en nombre de ellos andaba nada más haciendo grilla y desorden en esta medida te desconocían y decían que los estabas poniendo en peligro a ellos.

Las tensiones que se mencionan a partir de tener que reconciliar las líneas del trabajo clandestino con las estrategias para construir una legitimidad como representante gremial, dan cuenta del conflicto latente al interior de la estructura de la organización, que no se manifestaba directamente gracias a la cohesión del grupo que el mismo enfrentamiento y la represión propiciaba. Expresan las jerarquías entre lo político-militar y lo civil, producidas por la militarización de la política. Una vez terminada la guerra, estas jerarquías incidieron en el rumbo que las trayectorias políticas de los militantes tomarían. Mientras durante la guerra civil el aparato militar del FMLN consolidó su posición central en el espacio político, los militantes ubicados en las organizaciones populares perdieron visibilidad política debido a que en sus prácticas políticas cotidianas tuvieron que actuar de forma encubierta. En cambio, la Comandancia General del FMLN ocupó cada vez más la posición de portavoz principal del movimiento de oposición al Gobierno salvadoreño, lo cual le confería suficiente prestigio y poder para determinar, en el momento de las negociaciones de paz, los posicionamientos principales con respecto a las reformas institucionales consideradas imprescindibles.

4. Reconversiones, desplazamiento y rupturas: Diferentes estrategias para enfrentar el cierre del campo político

En esta reconstrucción de prácticas y estrategias militantes, ya es posible entrever el *habitus* militante que entró en crisis en la década de los noventa. Pese al peligro de la simplificación, conviene sintetizar tres rasgos particulares de este sistema de disposiciones y prácticas: la mística de sentirse parte de una comunidad virtuosa, reflejada en las prácticas de la lucha por la hegemonía, el principio de la tecnificación del activismo —es decir, la especialización en ciertas funciones como recaudación de fondos, trabajo internacional— y el reconocimiento de las jerarquías militares como principio interno de diferenciación, producto de la militarización de la política.

Al iniciarse las negociaciones de paz, la visibilidad del aparato militar y diplomático del FMLN en el campo político nacional e internacional se materializó en la mayor atención que recibieron las necesidades y demandas de los combatientes y de las bases rurales de apoyo del FMLN, mientras las demandas de la militancia civil pasaron a un segundo plano. Los efectos prácticos de esta lógica de representación –la reconversión de los principales comandantes militares en políticos profesionales y la falta de atención a la agenda de reformas socioeconómicas– se convertiría en una de las razones para la frustración de muchos activistas y colaboradores del FMLN después de 1992. Dadas las lealtades políticas que se habían construido desde antes de la guerra, los conflictos en la dirección partidista impactaron también en la vida interna de las organizaciones populares. Así, la salida del ERP y de Resistencia Nacional del FMLN en 1995 produjo un desmantelamiento de estructuras que articulaban a diferentes gremios y asociaciones entre sí y con el FMLN.⁹ La desarticulación generó entre los activistas afectados una sensación de ‘orfandad política’, como lo expresó Celso:

“la organización que más movimiento sindical tuvo fue la RN. Si fijate, entre todas juntas el PC y las FPL no hacían lo que nosotros teníamos entonces en el movimiento sindical. [...] El Partido se nos deshizo, desapareció, y no hay nada que nos agrupe, que nos nuclea [*sic.*], andamos todos dispersos y hay una atomización horrible [...] Cada quien velando por su santo...”

Quienes permanecieron en el FMLN –principalmente las bases de las FPL y del PC– estigmatizaron a los miembros de las otras organizaciones como ‘traidores’, reproduciendo, de esta manera, las divisiones político-ideológicas de los setenta y ochenta. Al faltar el vínculo político, se aceleró la dispersión y el debilitamiento de las organizaciones populares, justo en el momento en que las políticas gubernamentales hubieran requerido la unidad de acción. Otra vez Celso:

9 La transformación del FMLN en partido legal y los retos que enfrenta ha sido analizada, por ejemplo, por Zamora (2003), González (2003). El impacto de la salida del ERP sobre las organizaciones campesinas en las zonas de Usulután (donde el ERP había tenido una presencia importante durante la guerra), está mencionada en el estudio de Elisabeth J. Wood (2003:261).

El partido al que yo pertenecía rompió con el FMLN en 1994, tuve que renunciar a la UNTS aunque los daneses que mantuvieron a la UNTS llegaron en 1995 a buscarme para que volviera... ellos me iban a pagar, que renunciara al Ministerio de Educación, y que yo pasaba a ser como un empleado del Gobierno de Dinamarca, ¿verdad?, dirigiendo a la UNTS, porque vieron eso en 1994, eso se vino a pique, ¿verdad?, y como que los daneses también miraban el informe, porque yo fui a Dinamarca, ¿verdad?, miraban el informe de la UNTS porque yo dejé el proyecto [...] pero les dije que no, como ya yo no sentía respaldo político ¿verdad?, mi partido se había salido del FMLN y ahí seguía la gente del FMLN en la UNTS iba a llegar sin respaldo político, más que el respaldo económico de Dinamarca... pero que siempre yo iba a sentir que la gente del PC me iba a boicotear, que la gente de las FPL me iba a boicotear, que la gente del PRTC me iba a boicotear, entonces yo iba a estar solo. Me ofrecieron un buen dinero pues, no dejó de tentarme, era como tres veces lo que gano aquí en el Ministerio de Educación, ¿verdad?, pero les dije que lo lamentaba mucho, que yo ya no me iba a sentir bien ahí.

Las prácticas gremiales construidas para sustituir formas de participación política en un contexto de restricción al ejercicio político, perdieron legitimidad en el contexto de la democratización política de los 90. En consecuencia, empezaron a perfilarse otras estrategias de acción, con base en los recursos y competencias adquiridas durante la guerra: En primer lugar, siguió la profesionalización y la tecnificación del activismo en diversos espacios sociales, muchas veces posibilitadas por redes sociales y “contactos”, construidos en el contexto de la guerra. Exdirigentes y activistas de las organizaciones populares pudieron insertarse en el mundo social de la política profesional, como asesores de los gobiernos municipales del FMLN o trabajando para la bancada legislativa del FMLN.

Otra posibilidad de reinserción ha sido por medio de las ONG. La proliferación de organizaciones civiles en el contexto de la reconstrucción de la posguerra, ha evidenciado una reformulación de los principios que legitiman la acción social. Si antes la legitimidad residía, fundamentalmente, en el número de representados, la capacidad de movilización de las bases sociales o la universalidad de las demandas planteadas, hoy cuentan más cualidades como “experticia”, “credibilidad”, ‘transparencia’, ‘eficiencia’

o el conocimiento detallado y profundo de temas específicos y las necesidades de grupos particulares (Méndez: 2004).

Otra estrategia, adoptada por los dirigentes sindicales, fue el regreso a prácticas propiamente gremiales de defensa de los intereses de los afiliados. Un segmento del sindicalismo antigubernamental optó por resistir a las políticas gubernamentales desde la trinchera gremial, apostando a la confrontación directa. Dadas las correlaciones de fuerza, estas estrategias –por ejemplo, en el caso de las privatizaciones de las empresas estatales y servicios públicos– no pudieron impedir la derrota sindical. Otro segmento decidió tomar distancia de la actividad partidaria, y con la justificación de la autonomía sindical, empezó a emplear estrategias más pragmáticas y técnicas en las negociaciones con la patronal. Pero esta estrategia –que en algunos casos ha sido exitosa– implicó también tomar distancia de otras luchas sociales, consideradas ajenas a los intereses de las propias bases.

Por ejemplo, el sindicato del sector eléctrico STECEL –que había sido disuelto en 1980 por sus vínculos con el movimiento revolucionario y cuyos dirigentes habían sido encarcelados–, participó –otra vez legalizado– en las negociaciones sobre la privatización de la distribución de la electricidad en 1993. La dirección sindical logró que un 15 por ciento de acciones fuera transferido a los trabajadores. Ser reconocido ante la dirección de la empresa como interlocutor, significó un logro importante para el sindicato, pero otros sindicatos criticaron esta decisión, porque –según ellos– contribuyó a la división del movimiento sindical en torno a posturas divergentes sobre la privatización. La siguiente cita ilustra esta “reconversión” hacia un mayor pragmatismo como respuesta a los cambios económicos, políticos e ideológicos.

5. ¿Cuándo se inicia esta discusión sobre la privatización?

Los primeros planteamientos los hicimos en 1993. Cómo íbamos a enfrentar la modernización, privatización, globalización en temas que nadie estaba tocando... y la CEL se estaba preparando también en los tiempos de paz, que eso era lo primero que iba a dinamizar y metíamos todos los recursos, qué cuáles habían sido las experiencias en Europa de los sindicatos y cuál era la visión que tenía aquí el liderazgo, que traíamos nosotros... te podría decir que hubo mucha discusión interna primero y después con las bases, y después que definimos la estrategia de enfrentar esa situación... con dos alternativas, una era enfrentarla solo nosotros y otra era si lograr-

bamos sumar al resto del movimiento sindical en El Salvador y no tener dos proyectos. Porque era con el nivel de radicalización, con el nivel de ideologismo y el concepto de pureza en los sindicatos digamos más fuertes o de izquierda o lo que siempre se había dicho aquí o como se había concebido la ideología del movimiento sindical... pues la confrontación era grande con las ideas nuestras [...] qué si no se podía detener [*la privatización*] ¿qué ibas a hacer?, ¿dejar que otros se llevaran la parte tuya? Si estaban repartiendo la nación o parte de la nación... hubo una “o participás o no participás” ¿qué trae una cosa contra la otra? [...] *La responsabilidad de ser dirigente es no sólo decir “no, esto quiero”, sino más que todo pensar en los de atrás, no lo que uno quiere ni lo que le dice el partido.*¹⁰ (Horacio)

La ‘lista’ de estrategias no estaría completa si no tomábamos en cuenta la de “irse para la casa”. Abandonar formas directas de participación social y política probablemente ha sido la reacción más común a las transformaciones sociales y políticas en la década de los noventa. La cadena de la trayectoria política podía interrumpirse por varias razones: el desencanto y el cansancio, el reinicio de una trayectoria profesional interrumpida por la militancia, la necesidad de “ganarse el pan” o la migración a raíz de la falta de perspectivas profesionales (y políticas) en El Salvador de la posguerra, a veces junto a la desarticulación de las organizaciones políticas de origen. Analizar estas respuestas pragmáticas e individuales a los cambios ocurridos es importante para el estudio de la acción colectiva, porque evidencian el patrón de comportamiento social dominante de la década de los noventa: una generalizada desmovilización social que ha afectado a los partidos políticos, las organizaciones populares y las ONG por igual.

6. Proyectos inconclusos

Un punto que no se ha abordado hasta este momento es el significado del ascenso de ARENA al Gobierno en 1989, aunque las consecuencias de este cambio de gobierno condicionan los esquemas narrativos de los relatos biográficos. La crisis política de finales de los años setenta permitió la unificación de la derecha y la obligó a reformular y modernizar su proyecto político y económico. En este contexto histórico, los principios de la política económica neoliberal, con su énfasis en la apertura de los mercados nacionales, la privatización y el desmantelamiento de las instituciones

¹⁰ Las cursivas son de la autora.

reguladoras del Estado, encajaban en la tradición antiestatista y librecambista de la élite económica salvadoreña. En cambio, tanto el proyecto desarrollista-estatista del PDC como el proyecto socialista-antiimperialista del FMLN parecían propuestas anacrónicas y contrarias al sentido común. En el caso del FMLN, y de la izquierda en general, una serie de acontecimientos internacionales que sucedieron alrededor de 1989 –entre ellos, el derrumbe del bloque socialista, la entrada de Cuba al periodo especial en tiempos de paz y la derrota del sandinismo en Nicaragua– contribuyeron a la pérdida de certezas y a una sensación entre la militancia de que el proyecto socialista solamente servía como un referente utópico cuya concreción por medio de la práctica política era imposible.

Todo esto implicó una correlación de fuerzas favorable a la derecha que permitió separar la incorporación política del FMLN de la construcción de consensos sobre las políticas económicas. Entre 1989 y 1999, el Gobierno –apoyándose en una mayoría de partidos de derecha en la Asamblea Legislativa– pudo impulsar rápidamente las principales reformas económicas, con excepción de la reforma al sistema público de salud, sin que las manifestaciones de descontento y la resistencia de los movimientos populares pudieran impedirlo (Segovia, 2002:37). Las reformas neoliberales fueron, por lo tanto, determinantes para las dinámicas del campo político posbélico porque expresaron la apuesta hecha desde el poder de convertir el mercado en el mecanismo primordial de control y de *disciplinamiento* social, por medio de políticas para desmontar las funciones redistributivas del Estado, dismantelar los servicios públicos y limitar la democracia en términos institucionales y conceptuales a los procedimientos electorales.

La desmovilización de la guerrilla después de 1992 afectó no solo a los combatientes armados, sino, también, a las estructuras clandestinas que habían articulado las organizaciones político-militares con los gremios sindicales y campesinos, y las organizaciones no gubernamentales de la segunda mitad de los años ochenta. Por lo tanto, la “reinserción” a la vida civil no era solo un momento crítico para los combatientes guerrilleros, sino para todos los activistas obligados a redefinir su lugar en el campo político, sus lealtades ideológicas y sus lazos con el FMLN como partido electoral. El desenlace de este momento crítico en la trayectoria individual incide en la valoración que, desde el presente, se hace sobre el pasado militante. Las tres citas ilustran el balance ambiguo después de 12 años de paz:

Los sindicatos los han ido acabando Calderón Sol y *Paco* Flores, y todo vale madre si gana ARENA hoy; quizá este cuento que te estoy contando ahora, dentro de dos años ya no te lo voy a estar dando [...] te voy a decir: “mirá, ya no trabajo en el Ministerio de Educación.” [...] así está la triste historia del movimiento sindical (Celso).

Creo que en lo que nosotros estábamos muy ocupados adentro, tratando de ver que hacíamos para que la gente tuviera de comer y cómo [*la*] volvés a insertar en el mercado productivo, los grandes empresarios estaban haciendo sus nexos a nivel de monopolios internacionales y todo esto y volvieron a El Salvador, pero mucho más poderosos (María).

La gente está menos temerosa, por ejemplo, hoy quien se quiere poner su placa, la camiseta con las cuatro letras [FMLN] se la pone y no hay el peligro de que lo vayan a matar o a secuestrar por esto; cualquiera puede decir: ‘yo soy militante del Frente’ o ‘quiero votar por el Frente’, así, libremente, y lo más que puede pasar es que lo despidan de su trabajo, pero no que lo vayan a matar (Ana).

Los entrevistados reconocen los avances que se lograron en términos de participación política con la desmilitarización de la sociedad y el (relativo) aislamiento de la ultraderecha y sus estrategias de exterminio. El hecho de poder ejercer abiertamente una militancia de izquierda y mostrar la afinidad ideológica por medio de sus símbolos, es considerado, por lo tanto, un cambio importante en las condiciones para hacer política.

Al mismo tiempo hay una marcada diferencia entre, por un lado, la coexistencia de izquierda y derecha en el campo político y, por otro lado, las restricciones que se siguen experimentando en el espacio social. A esta contradicción apunta la cita de Ana, que cuenta cómo en algunas empresas manifestar la identidad partidista aún hoy puede provocar un despido. Asimismo, el comentario de Celso da cuenta de cómo los ministerios se deshicieron de los sindicalistas de izquierda por medio de recortes de plazas y programas de retiro voluntario. María introduce otra temática que explica la ambigüedad de los balances: la democratización política no fue acompañada por una democratización social, entendida como redistribución de los ingresos. La percepción de María acerca de la reorganización económica y financiera del empresariado se refuerza con lo que sucede en el campo. Para activistas de las asociaciones de cooperativas, la reforma agraria del gobierno democristiano fue revertida por los gobiernos de ARENA en los años noventa, cuya política de impulsar por vía legal la parcelación de las

cooperativas agrícolas, ha facilitado un nuevo proceso de concentración de las tierras.

El balance del periodo transcurrido después de los Acuerdos de Paz depende de la trayectoria de cada entrevistado en los noventa, si la experimentó como un ascenso social o como una desvalorización de su posición y prestigio. Por ejemplo, el liderazgo político y social de los dirigentes sindicales entrevistados se debilitó de manera importante después de 1992, al coincidir los cambios económico-estructurales –que provocaron despidos, privatizaciones y pérdidas de centralidad productiva de empresas y sectores clave para el sindicalismo anti-gubernamental– y los conflictos políticos al interior del FMLN. Por lo tanto, sus visiones del periodo son marcados por una sensación de progresiva marginación política que refuerza las conclusiones en cuanto a que la pacificación no cumplió sus promesas. Citamos como ejemplo a Horacio, quien considera que su desencanto no deriva de la solución negociada del conflicto bélico “como organización la militancia sabía que teníamos que hacer un proceso de negociación, que había que prepararse para ello y que no era el poder total lo que se iba a lograr” –, sino darse cuenta de que el movimiento sindical salvadoreño no contaba con un proyecto propio, sino que siempre se había subordinado a fuerzas político-partidistas. Según Horacio, esta carencia se volvió visible, cuando la pérdida del vínculo entre organizaciones político-militares y sindicatos desvalorizó el capital político de los dirigentes sindicales basado exclusivamente en un vínculo político-partidista. Al no contar con un proyecto propio, el repertorio de protesta pierde sentido:

Lo que vendés como dirigente es esperanza ¿verdad? Algún día mejoría y hay que construirla... y por supuesto que yo estoy satisfecho de lo que hice, me metí consciente en esto, lo analicé, los riesgos, ¿verdad? Yo discutí con mis hijos más grandes y con mi mujer... Pero es una cosa de cuando tenés vocación de servicio, ¿verdad?, nada más y no te llevan las intereses personales [...] Todo el proyecto de los trabajadores no hay, yo te lo aseguro, no hay, más que volver a salir a las calles a hacer huelga [...] mira, si yo tenía control desde el 75, 76, comienza la lucha ideológica y hasta 90, allá adentro y luego un poco de paz, y después vuelve la lucha ideológica y seguir en la misma idea... no fijate que estas cosas son las que para mí me agotan, y a lo mejor por viejo, pero ya la tolerancia como que se me agotó [...] y no sirvo para que me humillen; yo no doy trato así; no me gusta sentirme ultrajado o humillado aislado, dependiente [...] de cierta

manera te aíslan, ya no eres nadie importante, que no sos útil y, entonces, ¿qué estás haciendo?

Falta de importancia, de “utilidad”, de reconocimiento... con estas palabras describen los sindicalistas la desvalorización de su capital político. Celso, sindicalista del sector de empleados públicos, cuenta el proceso de pacificación como una sucesiva pérdida de posiciones y cargos político-sindicales, lo cual da cuenta de la progresiva marginación del movimiento sindical en el campo político. Mientras durante la guerra Celso fue dirigente nacional de la UNTS por parte de Resistencia Nacional –un puesto más político que gremial que servía para dialogar directamente con los ministros del gobierno de Napoleón Duarte– el desmembramiento de su organización política significó para él perder sus cargos hasta quedarse solamente con la posición de secretario general de una asociación sindical, que había asumido desde antes de la guerra. Celso sigue participando en el FMLN; por lo tanto, sus palabras expresan la tristeza por la marginación política, cuando señala que el FMLN aún no ha saldado sus deudas con el movimiento popular, que puso tantos muertos durante la guerra sin obtener un reconocimiento correspondiente por el partido.

Una estrategia de algunos militantes, para enfrentar la marginación política y legitimar su liderazgo, ha sido la transferencia de las habilidades organizativas y del compromiso ético del movimiento revolucionario a otros grupos sociales sin privilegios, como, por ejemplo, las mujeres. Tomando en cuenta en el análisis de las trayectorias, los “puntos de partida” de tres de las cinco entrevistadas –una fue trabajadora textil, otra fue la esposa de un activista campesino y ama de casa, y la última trabajadora informal– y sus puntos de llegada –cuadros técnicos de ONG y, en un caso, concejal municipal–, dan cuenta que bajo ciertas circunstancias la militancia o participación en una organización social se podía convertir en un mecanismo de ascenso social. La agenda feminista ayudó a que estas mujeres de origen popular recibieran la capacitación, incentivos y reconocimientos necesarios para que desde una posición de “activista inquieta” pudieran iniciar un camino propio como agentes en el campo político salvadoreño. Beneficiadas por un ambiente internacional, preocupado por el tema de la equidad y los derechos de la mujer, las ex militantes apostaron a la politización de la identidad de género, para elaborar estrategias de acción, construir grupos y acceder a recursos materiales y simbólicos.

Un tema importante en estos relatos biográficos es el tema de la identidad política y de la organización partidista. Por más distante que estaban

algunos de los entrevistados del FMLN cuando se llevaron a cabo las entrevistas en el 2004, la reflexión sobre el partido, sus aciertos y errores, formaba parte de su discurso. En el tratamiento de esta temática había diferencias, condicionadas por la identidad partidista, entre los que seguían militando en el FMLN y los que se habían salido. Los que abandonaron el activismo partidista en el periodo de la posguerra, conciben el partido como un actor ajeno. Sin embargo, por medio de sus amistades, el trabajo en ONG, gobiernos municipales del FMLN u organizaciones comunales, participan de las redes que articulan la sociedad civil salvadoreña; conjunto este de asociaciones civiles, medios de comunicación, consultores y líderes de opinión que surgieron en el contexto de la pacificación, con la sociedad política.

Los entrevistados que siguen participando en el FMLN tienen una relación compleja con el partido. Por una parte, identifican al FMLN como “su partido”, al mismo tiempo que siguen considerando a las organizaciones político-militares ya disueltas como su “raíz partidista”. Los ex militantes de Resistencia Nacional se sienten traicionados por su dirigencia –que abandonó el partido– y discriminados por los dirigentes actuales del FMLN que pertenecieron a otras organizaciones político-militares. Para enfrentar esta situación, formaron el “Movimiento Patria para Todos” (MPT), como una red de organizaciones sociales e individuos para aparecer como grupo cohesionado, capaz de negociar con los dirigentes del FMLN. Esta tendencia de formar redes, corrientes o fracciones –por cierto, compartida por los militantes de las otras organizaciones– también da cuenta de la disposición de organizarse en torno a agendas programáticas y posicionamientos ideológicos, como es el *habitus* político de la izquierda salvadoreña en particular, y de la izquierda radical en general.

Lo que las entrevistas permiten visualizar es la articulación histórica entre el proyecto estratégico de la izquierda –como un conjunto de proyectos colectivos de grupos específicos luchando por tierra, derechos sindicales o el cese a la represión política– y las apuestas individuales, que daban sentido a la acción política, y que constituyeron el *habitus* militante que sigue operando hasta el día de hoy. Estas apuestas colectivas, al ser proyectos inconclusos y no cumplidos, siguen operando como ejes que constituyen el horizonte histórico y organizan la memoria. Pero las expectativas individuales tienden a cambiar en función del nuevo contexto social y político y del ciclo vital individual, como lo señala la expresión de Héctor: “a lo mejor por viejo pero ya la tolerancia como que se me agotó”.

El desenlace de la trayectoria militante no depende, entonces, solo del desencanto o de los conflictos partidistas, sino de otros factores como, por ejemplo: el momento del ciclo vital en el cual se encontraba el entrevistado cuando la cohesión organizativa del partido empezó a romperse; el capital cultural y social del cual disponía; así como los propósitos (“proyectos personales”) que podía visualizar como posibles. La pregunta por las condiciones sociales en las cuales la militancia pudo convertirse en un catalizador de potencialidades o, en cambio, resultó ser un obstáculo capaz de interrumpir definitivamente trayectorias políticas o profesionales, es una pregunta que se desprende de nuestros resultados y que abre una nueva línea de investigación sobre las transiciones a la democracia a partir de la sistematización de trayectorias políticas tanto de activistas de base como de dirigentes sociales y políticos.

7. Conclusiones y reflexiones finales

Aunque quisiéramos solamente analizar la situación de las organizaciones populares en la posguerra, el análisis de trayectorias demuestra la imposibilidad de omitir el periodo previo. La guerra y el terrorismo de Estado de la década de los ochenta actuaron como mecanismos de *disciplinamiento* social que prepararon el terreno para otro tipo de control: el *disciplinamiento* mediante los mecanismos del mercado implantados después de 1989 con el ascenso de ARENA al Gobierno. Por eso no se pueden estudiar las políticas económicas del gobierno de ARENA, instrumentadas en un principio sin mayor resistencia social, si no se toma en cuenta el contexto previo de la guerra, y tampoco se pueden omitir los múltiples lazos que articulan hoy en día los “nuevos” y los “viejos” actores colectivos.

El análisis de los relatos biográficos permite visualizar la articulación entre lo viejo y lo nuevo y considerar aspectos que van más allá de las dimensiones institucionales de los Acuerdos de Paz, para valorar el impacto del movimiento revolucionario. Si bien la crisis de la segunda mitad de los setenta no pudo derrumbar el sistema de dominación política, obligó a los grupos dominantes a abrir espacios institucionales a la participación de la izquierda. Las trayectorias políticas de los entrevistados dan cuenta de que la militancia en el contexto específico de la pacificación salvadoreña –que se caracterizaba por la activa participación del FMLN, de organizaciones de base y ONG en la instrumentación de los Acuerdos de Paz– permitió a algunos acceder a ciertas instancias políticas y gubernamentales, como,

por ejemplo, gobiernos municipales. Esta situación apunta al debilitamiento de algunas de las barreras sociales y culturales que habían impedido la participación de agentes históricamente excluidos por razones de clase, género o pertenencia étnica en el ejercicio político.

No hay que olvidar que las trayectorias reseñadas en esta investigación son excepcionales porque el debilitamiento de las barreras sociales a la participación política benefició principalmente a este pequeño segmento de militantes y cuadros políticos, que no se “fueron a la casa”, y no a las bases sociales del movimiento revolucionario en general. Pero los casos de estos hombres y mujeres ejemplifican la ampliación de la sociedad civil organizada, donde coexisten, de manera conflictiva, formas organizativas y prácticas de participación y representación, surgidas antes y durante la guerra civil, con nuevas demandas, intereses sociales y grupos representados. Los relatos biográficos indican que una de las tendencias centrales del activismo de la posguerra fue la transferencia del compromiso ético y político, que durante la guerra había sido con la causa revolucionaria, a la representación de grupos sociales específicos como, por ejemplo, mujeres. Esto puede interpretarse como una nueva lógica en las prácticas de representación que reemplaza, como principio para acceder al campo político, el *imperativo ideológico* por un *imperativo técnico*, más neutral y que reconoce la importancia del conocimiento específico (la *expertise*) para participar en los debates sobre la política y el Estado. Pero este fenómeno apunta también a la disposición de un grupo social (reducido pero existente) de continuar con la defensa de los sectores vulnerables y de participar en el campo político como sujetos que no permiten que su actividad política sea limitada a la participación electoral instrumental.

La diversificación de las modalidades de organización se hizo posible a partir del distanciamiento entre la expresión partidista del movimiento revolucionario y organizaciones sociales. Ambas modalidades de organización –con sus múltiples ramificaciones ideológicas y sectoriales– han contribuido a una subcultura de izquierda, que trasciende las estructuras partidistas del FMLN e imprime con sus horizontes históricos y prácticas simbólicas, con sus conflictos históricos y apuestas colectivas, su marca particular a la política salvadoreña de la posguerra.

Bibliografía

- Arriola Palomares J. y Candray J.A. (1994): *Derechos prohibidos. Negociación colectiva y sindicatos en El Salvador*, (San Salvador, UCA/Serie Documentos de Investigación N.º 1).
- Artiga-González, A. (2006): “El FMLN. Entre la oposición y el Gobierno tras doce años de elecciones”, en *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*, Vol. 3, N.º 2, diciembre.
- Bonnewitz, P. (2003): *La sociología de Pierre Bourdieu*, (Buenos Aires, Nueva Visión).
- Bourdieu, P. (2002): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, (México, Taurus).
- _____ (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, (Barcelona, Anagrama).
- _____ (1990): *Sociología y Cultura*, (México, CONACULTA/Grijalbo).
- Cáceres Prendes, J. (1982): “Radicalización política y pastoral popular en El Salvador”, en *Estudios Sociales Centroamericanos*, Año XI, N.º 33, septiembre-diciembre.

- Cabarrús, C.R. (1983): *Génesis de una revolución. Análisis del surgimiento y desarrollo de la organización campesina en El Salvador*, (México, Editorial Casa Chata).
- Fitzsimmons T. y Anner, M. (1999): “Civil Society in a Postwar Period. Labor in the Salvadoran Democratic Transition”, en *Latin American Research Review*, Vol. 34, N.º 3.
- González, L.A. (2003): “De la ideología al pragmatismo. Ensayo sobre las trayectorias ideológicas de ARENA y el FMLN”, en *Estudios Centroamericanos*, Año LVIII, N.º 661-662, noviembre-diciembre.
- Gordon, S (1989): *Crisis política y guerra en El Salvador*, (México, Siglo XXI).
- López, N. (2000): “Un líder en Educación, antes, durante y después de la guerra civil. Entrevista con Carlos Henríquez, Secretario General de ATRAMEC”, *Colatino*, 16 de noviembre.
- Méndez, J.E. (2004): Sociedad civil y calidad de la democracia, en PNUD, *La Democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas*, (New York, PNUD).
- Robin, R. (1993): ¿Es la historia de vida un espacio al margen del poder?, en Aceves Lozano, J. (comp.), *Historia oral*, (México, Instituto Mora/UAM).
- Segovia, A. (2002): *Transformación estructural y reforma económica en El Salvador. El funcionamiento económico de los noventa y sus efectos sobre el crecimiento, la pobreza y la distribución del ingreso*, (Guatemala, F&G Editores).
- Torres-Rivas, E. (2001): “La pacificación de la guerra”, en *Foreign Affairs en Español*, verano de 2001, disponible en línea www.foreignaffairs-esp.org.
- _____ (1996): Los desafíos del desarrollo democrático en Centroamérica, en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Vol. 22, N.º 1.

Vázquez, M. (1997): Del desafío revolucionario a la reforma política. El Salvador, 1970-1992, en I. Sosa (coord.), *Insurrección y democracia en el Circuncaribe*, (México, CCyDEL/UNAM).

Wood, E.J. (2003): *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, (Cambridge, Cambridge University Press).

Zamora, R. (2003): *La izquierda partidaria salvadoreña: entre la identidad y el poder*, (San Salvador, FLACSO).

Anexo Entrevistas biográficas

Fecha	Nombre*	Organización	Grupo Guerrillero
Diciembre 2003	María	ATRAMEC y FENASTRAS	Resistencia Nacional
Marzo 2004	Horacio	STECCEL y FENASTRAS	Resistencia Nacional
Marzo 2004	Celso	ATRAMEC y UNTS	Resistencia Nacional
Marzo 2004	Ana	FENASTRAS	Resistencia Nacional
Marzo 2004	Manuel	CONFRAS	Ejército Revolucionario del Pueblo
Marzo 2004	Marta	CONFRAS	
Marzo 2004	Adriana	Movimiento de desplazados y repobladores	Resistencia Nacional
Marzo 2004	Daniela	ANDES y Bases Magisteriales	Resistencia Nacional

*/ Nombres ficticios.